Revista del Real Conservatorio Superior de Música de Madrid · Números 7, 8, 9. Años 2000, 2001, 2002

Música

El Conservatorio que nunca existió
El proyecto de Melchor Ronzi para Madrid (1810)

Sociedad de Cuartetos
El repertorio interpretado

Cuestiones sobre la música contemporánea

Composiciones de Robert Stevenson
Biblioteca del RCSMM

Six Sonatas Pour le Violoncelle
M. Duport

2MIL||:2

El creador musical y el valor del goce creativo frente a la soledad social

Esther SESTELO

La soledad social y la angustia casi permanente del compositor de la llamada música culta, son temas frecuentes en antiguas y actuales discusiones y en numerosos escritos del ayer y de la más rabiosa actualidad. Mucho más que el pintor o el escritor —quienes siempre realizan una función creativa global más cercana a la realidad cotidiana—, el compositor de música no utilitaria se encuentra con la contundente verdad de que su arte —totalmente abstracto, sin fijación posible en el tiempo-espacio— no es de fácil asimilación.

El compositor de músicas aparentemente incomprensibles se desespera en su aislamiento e intenta buscar soluciones a su dilema. En vez de aprender del poeta, quien parece aceptar que su producto creativo es ya de por sí esotérico y minoritario, el compositor se rebela y aspira a convertirse, como el ensayista o el novelista, en redactor y en testigo de su época. El compositor no puede comprender que siendo su arte altamente intelectual y espiritual, y a la vez visceral, éste no logre, en general, reconocimiento mínimo; se angustia de no pertenecer, de no participar, de no aportar con la efectividad que desease al mejor mañana del grupo humano con quien convive.

Lo curioso es que, más que nunca, el creador musical ha olvidado la dificultad de su propio arte y, en lucha consigo mismo, continúa en nuestra época —y desde los años inmediatamente anteriores a la I Guerra Mundial—, viviendo en una casi perenne angustia que le ha hecho olvidar la única posible justificación de su casi absoluta soledad: el goce creativo y el ejercicio de esa creatividad como experiencia sublime y sonriente.

Este creador musical parece haber olvidado, que su individual identidad creativa no nace de su total y único enmarcamiento en una cultura o en una época dada —aunque estos factores influyan en su discurso—, ni el valor permanente de su propia obra va a ser aumentado ni disminuido por su hallazgo de lo nacional. No hay que olvidar que ese fenómeno nacionalista, que alcanza su gran auge en el siglo XIX, era un parámetro ajeno a la creación de Bach, de Mozart, de Vivaldi, por ejemplo. Cabe preguntar si en épocas en que no

existía Alemania como nación, se alarmaría Beethoven por no encontrar su identidad nacional... Es curioso que en tiempos de un nuevo giro hacia lo global, anden los creadores musicales buscando todavía explicaciones para entender su propia gran soledad creativa.

Lo principal y eterno del problema no es preocuparse como creador musical a qué grupo, a qué tendencia, a qué nacionalidad, a qué sistema político-social pertenece, sino cuidarse de cultivar su gran tesoro interior. Aprender que aunque la técnica y el perfeccionamiento del propio lenguaje musical son instrumentos y no fines, de por sí son factores muy necesarios para la creación de obras valiosas y permanentes. Retomar un poco la humildad creativa que todo gran compositor ha exhibido y exhibe, y recordar que la autocrítica no es un factor negativo del crecimiento sino, por el contrario, un valor muy positivo en la búsqueda de una creatividad fecunda y rica en logros. Debería, pues, el creador musical de hoy —latinoamericano, norteamericano, europeo, japonés o lo que quiera autollamarse— despojarse más y más de toda hojarasca externa y, volviendo al paradójico goce humilde aunque egocéntrico de la cración como fenómeno mágico y maravilloso, dar de sí lo mejor y más posible sin inventar más excusas externas, ni explicaciones pseudo-filosóficas, ni inserciones en esta o aquella tendencia, ni protestas por remediar su soledad, olvidando, al parecer, que es esta soledad interior la que más gloriosas etapas ha cubierto en la historia de la humanidad.

Quizá sería muy saludable que este compositor de hoy volviese a mirarse y admirarse en su propio paisaje interior. Es el tiempo de volver a creer en la interioridad de sí mismo, de retomar la autocrítica, de gozar de la creación propia sin pensar en jugosos éxitos monetarios deslumbradores, de hacer buen oficio y no mal beneficio. Es necesario repasar la falta de un lenguaje coherente, cognitivo, inteligible y reconocible como vocabulario individual para corregir la incomunicatividad. Es necesario retomar el goce de la creación sin necesidad de banderines ni grupos de acción, ni posturas políticas, ni egocentrismos cegatos, ni ridículas imposiciones.

Aquella famosa frase de Milton Babbitt cuando dijo «who cares if nobody listens» (que importa si nadie escucha) tiene dos caras. Por una —la más obvia— podría ser Babbitt criticado de ególatra, de soberbio, de majadero. Pero por otra —la más sutil y oculta— podría agradecérsele su candor, su deseo de subrayar el valor de la soledad creativa, su mensaje de interioridad de espaldas al éxito fácil y no sincero.

Como creador musical, como hacedor de músicas no utilitarias, debe el compositor regresar a una comunicatividad conquistada a base de la calidad de la obra; debe volver los ojos a su creación como fenómeno interno, que pude eventualmente convertirse en social, pero no como aplauso buscado sino como conmovedor resultado de lo monumental de la obra realizada. Debe el

compositor, sobretodo, reconsiderar su casi permanente angustia externa para transformarla en intensa alegría interna.

Por todo esto, sea siempre bienvenido ese renovado, valiente y maravillosamente gozoso gran creador musical. Sabemos que afortunadamente existe aunque, por desgracia, no abunda.

Biblioteca